

generales vencer todas estas dificultades con suma prudencia, como lo hicieron el romano Gracco y el tebano Epaminondas, de quienes hemos hablado anteriormente, y que con tropas bisoñas vencieron soldados veteranos y ejercitadísimos. Para ello les adiestraban durante algunos meses en combates simulados, acostumbrándolos á la obediencia y al orden, y después los empeñaban con la mayor confianza en las verdaderas batallas. Ningún general debe desconfiar de tener buen ejército cuando no le falten hombres. El príncipe que tiene muchos hombres y carece de soldados, debe atribuirlo, no á la cobardía de los hombres, sino á su indolencia y falta de habilidad.

CAPÍTULO XXXIX

El general debe conocer el terreno donde opera con su ejército.

Necesita entre otros conocimientos un general de ejército el de la comarca donde opera y conocerla detalladamente, porque sin ello no puede intentar cosa alguna de provecho. Si en todas las ciencias es indispensable la práctica para saberlas bien, ésta exige práctica grandísima, y el conocimiento detallado de los terrenos se adquiere mejor con la caza que con ningún otro ejercicio; por eso dicen los antiguos escritores que los héroes que gobernaron entonces el mundo se educaban en los bosques y en la caza. Esta ocupación, además del detalle del terreno, enseña infinitas cosas que en la guerra son necesarias.

Refiere Xenofonte en la vida de Cyro que, estando éste para atacar al rey de Armenia, hablaba con los que

le seguían de la próxima batalla, y les decía iba á ser como una de las cacerías que con frecuencia habían hecho juntos. Comparaba á los destinados á emboscarse en los montes con los cazadores que ponían las redes, y á los que debían recorrer la llanura con los ojeadores que levantan las reses de sus guaridas para que den en las redes. Citase este ejemplo á fin de demostrar cuánto la caza, según Xenofonte, se parece á la guerra; por lo cual es para los grandes hombres ejercicio honroso y necesario, y el mejor y más cómodo para adquirir el conocimiento de los terrenos, porque les obliga á saber detalladamente la comarca donde se ejercitan, y, bien familiarizados con ella, con facilidad conocen otras regiones, porque todas en conjunto y en detalle tienen alguna semejanza, y la práctica adquirida en una sirve para las demás.

Pero el que no la adquiere bien en una región, difícilmente y sólo después de largo tiempo se entera de otra. Quien, al contrario, tiene esta práctica, con una mirada comprende la posición de llanuras y montañas, la extensión de un valle y todo lo demás que ha observado en otros parajes. La verdad de esta afirmación la demuestra Tito Livio con el ejemplo de Publio Decio. Era tribuno militar en el ejército que el cónsul Cornelio mandaba en la guerra contra los samnitas, y estando el cónsul metido en un valle donde los romanos podían ser fácilmente encerrados por los samnitas, al verse en tanto peligro, le dijo Decio: *¿Vides tu, Aulo Cornelio, cacumen illud supra hostem? ara illa est spei salutisque nostræ, si eam (quoniam ceci reliquere Samnites) impigre capimus* (1). Y antes de referir estas palabras

(1) ¿Ves, Aulo Cornelio, aquella altura sobre el campo enemigo? Allí esta la esperanza de nuestra salvación si la ocupamos pronto, ya que los samnitas cometen la torpeza de no apoderarse de ella.

de Decio, dice Tito Livio: *Publius Decius, tribunus militum, unum editum in saltu collem, inminentem hostium castris, aditu arduum impedito agmini, expeditis haud difficilem* (1). Enviado por el cónsul con tres mil soldados para ocupar la altura, salvó al ejército romano, y, deseando aprovechar la noche para salvarse él y sus soldados, les habló de esta manera: *Ite mecum, ut dum lucis aliquid superest, quibus locis hostes praesidia ponant, qua pateat hinc exitus, exploremus. Haec omnia sagulo militari amictus, ne duces circumire hostes notarent, perlustravit* (2).

Quien lea atentamente este pasaje verá cuán útil y aun necesario es á un general conocer la naturaleza del terreno. De no tener Decio este conocimiento, imposible le hubiera sido juzgar lo útil que era al ejército romano apoderarse de aquella colina, ni advertir desde tan lejos si ésta era ó no accesible; y, después de ocupada, al querer partir para unirse al cónsul, rodeándole los enemigos, tampoco acertara á distinguir á gran distancia el camino que le quedaba abierto y los puntos guardados por los samnitas. Preciso fué, pues, que Decio tuviera perfecto conocimiento de las localidades, y por ello, apoderándose de la colina, salvó al ejército romano y supo después, estando cercado, encontrar medio de librarse él y los suyos.

(1) Publio Decio, tribuno militar, vió sobre el campamento enemigo una colina de difícil subida para un ejército que marcha con bagajes, pero fácil de ocupar por tropas ligeras.

(2) Seguidme; aprovechemos lo que queda de día por ver dónde sitúa su campamento el enemigo y por qué sitio podremos retirarnos. Y temiendo que le conocieran por el traje de oficial, púsose uno de soldado para el reconocimiento.

CAPÍTULO XL

De cómo el uso de engaños en la guerra merece elogio.

Aunque el engaño sea en todo lo demás reprehensible, en la guerra es cosa laudable y digna de elogio, y lo mismo se alaba á quien, por medio de él, vence al enemigo, como á quien lo rechaza por fuerza. Bien se ve esto en las apreciaciones hechas por los que han escrito la vida de los grandes hombres, cuando elogian á Anníbal y á otros generales que fueron notabilísimos en el empleo de este recurso. Siendo tantos y tan frecuentes los ejemplos, no citaré ninguno, y sólo diré que no considero glorioso el engaño cuando consiste en romper la fe á los tratados, porque esto, aunque haya producido alguna vez la conquista de Estados y reinos, jamás, como he dicho en otra ocasión, reportará gloria.

Refiérome al engaño ó ardid empleado contra el enemigo que se fia de ti y que constituye propiamente el arte de la guerra; como fué el empleado por Anníbal cuando fingió huir junto al lago de Trasimeno para encerrar al cónsul y al ejército romano, y cuando, para escapar de las manos de Fabio Máximo, puso fuego en los cuernos de sus bueyes. Semejante á estos engaños fué el que empleó el general samnita Poncio para encerrar al ejército romano en los desfiladeros de las Horcas Caudinas. Ocultó su ejército detrás de los montes y envió á la llanura muchos soldados vestidos de pastores, con bastante ganado, del cual se apoderaron los romanos, preguntando á aquéllos dónde estaba el ejército samnita. Todos respondieron, conforme á las órdenes de Poncio, que en el asedio de Nocera. Creyé-

ronles los cónsules y entraron en el desfiladero de Caudium, donde les atacaron los samnitas.

Esta victoria, conseguida por medio de un ardid, fué gloriosísima para Poncio si hubiese seguido el consejo de su padre, quien quería que los todos los prisioneros romanos fueran muertos ó puestos en libertad; pero adoptó un término medio, *que neque amicus parat, neque inimicos tollit* (1); término pernicioso siempre en los asuntos de Estado, como anteriormente probamos.

CAPÍTULO XLI

La patria debe ser siempre defendida, sea con ignominia, sea con gloria, porque de cualquier modo la defensa es indispensable.

Estaban, como he dicho en el capítulo anterior, cercados por los samnitas los cónsules y el ejército romano, y propusieron aquéllos á éstos las condiciones más ignominiosas, como eran pasar bajo el yugo y ser enviados á Roma sin armas. Al saberlas los cónsules quedaron atónitos y el ejército desesperado; pero Lucio Léntulo, legado romano, dijo que en su opinión no debía rechazarse ningún medio de salvar la patria, porque consistiendo la vida de Roma en la existencia de este ejército, debía procurarse su salvación á cualquier precio; añadió que la defensa de la patria es siempre buena de cualquier modo que se la defienda, ó con ignominia ó con gloria, porque salvándose aquél ejército, siempre tendría tiempo Roma de vengar la afrenta y, no salvándose, aunque muriera gloriosamente, Roma

(1) Que no da amigos ni quita enemigos.

y su libertad estaban perdidas. Su consejo fué aceptado.

Este suceso debe tenerlo en cuenta todo ciudadano que se encuentre en el caso de aconsejar á su patria, porque cuando hay que resolver acerca de su salvación, no cabe detenerse por consideraciones de justicia ó de injusticia, de humanidad ó de crueldad, de gloria ó de ignominia. Ante todo y sobre todo, lo indispensable es salvar su existencia y su libertad.

Los franceses observan este principio en sus dichos y en sus hechos, al defender la majestad de su rey y el poder de su reino.

Lo que más les molesta es oír decir que tal ó cual determinación es ignominiosa para el rey, porque aseguran que cualquier partido que tome, en la buena ó en la mala fortuna, no puede ser vergonzoso. Vencedor ó vencido, cuanto hace es, en su sentir, cosa propia de un rey.

CAPÍTULO XLII

Las promesas hechas por fuerza no deben ser cumplidas.

Cuando volvieron á Roma los cónsules y el ejército desarmados, después de la afrenta sufrida, el primero en sostener en el Senado que no se debía observar la paz hecha en Caudium fué Spurio Postumio, asegurando que el pueblo romano no estaba obligado á cumplir lo convenido, sino él y los que con él hicieron el convenio; y si quería librarse Roma de toda obligación, le bastaba para ello entregar á los samnitas como prisioneros á él, y á los que con él habían convenido la paz.

Tan obstinadamente defendió esta proposición, que el Senado la aprobó, protestando de nulidad el acuerdo hecho, y devolviendo á los samnitas los prisioneros. Favorable fué entonces la fortuna á Postumio, pues los samnitas le dejaron volver á Roma, resultando entre los romanos más glorioso con haber perdido, que Poncio entre los samnitas, habiendo triunfado.

En este suceso hay que observar dos cosas; una, que con cualquier acción se puede adquirir gloria; porque con la victoria siempre se logra, y con la derrota también si se demuestra que no fué por culpa del vencido, ó ejecutando inmediatamente después alguna acción preclara que la haga olvidar; otra, que no es indigno dejar sin cumplir lo que por fuerza se promete. Las promesas forzadas que se refieren al interés público, cuando desaparece la fuerza que las impuso, se rompen sin deshonor para quien deja de observarlas. De esto hay muchos ejemplos en la historia, y diariamente se están presentando. Entre los príncipes no sólo no se observan las promesas hechas por fuerza, cuando ésta desaparece, sino tampoco las demás promesas, cuando dejan de existir los motivos por que se hicieron. No diremos ahora si esto es digno de elogio ó de censura, y si los príncipes deben ó no deben observar tal conducta, porque ya lo examinamos extensamente en nuestro *Tratado del Príncipe*.

CAPÍTULO XLIII

Los naturales de un Estado tienen casi constantemente el mismo carácter.

Suelen decir las personas entendidas, y no sin motivo, que quien desee saber lo porvenir consulte lo pasa-

do, porque todas las cosas del mundo, en todo tiempo, se parecen á las precedentes. Esto depende de que, siendo obras de los hombres, que tienen siempre las mismas pasiones, por necesidad han de producir los mismos efectos. Verdad es que sus actos son más virtuosos, ora en un país, ora en otro; pero esto depende de la educación dada á los pueblos y de la influencia que ésta tiene en las costumbres públicas.

Lo que facilita prever lo venidero por el conocimiento de lo pasado, es observar cuán largo tiempo conserva una nación las mismas costumbres, siendo constantemente avara ó pérfida ó mostrando de continuo algún otro vicio ó virtud.

Quien lea la historia de nuestra ciudad de Florencia ó examine los sucesos de estos inmediatos tiempos, encontrará á los pueblos alemán y francés avariciosos, soberbios, crueles y pérfidos, porque con la práctica de estas cuatro condiciones han ofendido mucho en diversas épocas á nuestra ciudad. Respecto á la falta de fe, todos saben cuántas veces se ha dado dinero al rey Carlos VIII, prometiendo él en cambio entregar á Florencia la ciudadela de Pisa, y jamás lo hizo, mostrando así su mala fe y su avaricia.

Pero dejemos estos sucesos recientes. Todo el mundo habrá oído lo que ocurrió cuando la guerra entre Florencia y los Visconti, duques de Milán. Privados de recursos los florentinos, pidieron al emperador que viniera á Italia para que con su reputación y sus fuerzas dominara la Lombardía. Prometió el emperador venir con numerosas tropas, declarar la guerra al duque de Milán y defender á los florentinos, á condición de que éstos le dieran cien mil ducados al ponerse en marcha y otros cien mil cuando entrara en Italia. Aceptaron los florentinos la petición, entregando inmediatamente el dinero del primer plazo, y después el del segundo; pero

desde Verona volvió á su patria sin intentar ninguna empresa, alegando que los que habían faltado al compromiso eran los florentinos. Si Florencia no hubiese estado obligada por la necesidad ó arrastrada por la pasión, y hubiera leído y conocido las antiguas costumbres de los bárbaros, ni en ésta, ni en otras muchas ocasiones se dejara engañar por los que siempre han hecho lo mismo en todas las cosas y con todos los pueblos.

De igual modo se portaron antiguamente con los etruscos, quienes, no pudiendo resistir con sus propias fuerzas á los romanos que les habían derrotado varias veces, convinieron con los galos cisalpinos darles una suma de dinero porque unieran sus ejércitos á los de los etruscos para combatir á los romanos. Los galos tomaron el dinero y no quisieron después tomar las armas para defender á los etruscos, diciendo, para excusar su conducta, que no habían convenido hacer la guerra á los romanos, sino abstenerse de correrías y devastaciones en Etruria. De esta suerte la avaricia y mala fe de los galos privó á los etruscos de su dinero y del auxilio que de ellos esperaban.

Estos ejemplos relativos á los antiguos y modernos habitantes de la Toscana prueban que galos y franceses se han portado siempre de igual modo, y la ninguna confianza que los príncipes deben tener en las promesas de Francia.

CAPÍTULO XLIV

Con el impetu y la audacia se consigue muchas veces lo que con los procedimientos ordinarios no se obtendría jamás.

Atacados los samnitas por los romanos, comprendieron que con sus propias fuerzas no podían resistir á las de Roma en campo abierto, y, dejando guarnecidas sus fortalezas, determinaron pasar con todo su ejército á la Etruria, que estaba entonces en tregua con Roma. El objeto de esta determinación fué ver si podían inducir con la presencia de sus tropas á los etruscos á empuñar de nuevo las armas, á pesar de haberlo negado á los embajadores de Samnio. En los discursos que los samnitas dirigieron á los etruscos, sobre todo en la demostración de los motivos que les habían obligado á emprender la guerra, emplearon frases notables, como la de que: *Rebellase, quod pax servientibus gravior, quam liberis bellum esset* (1).

Con sus persuasiones en parte y en parte con la presencia de su ejército, obligaron á los etruscos á auxiliarnos en la guerra.

Dedúcese de aquí que cuando un príncipe desea obtener algo de otro, debe, si las circunstancias lo permiten, no dejarle tiempo para pensarlo, sino obrar de modo que éste comprenda la necesidad de decidirse prontamente, como sucederá si ve que negándose ó no decidiéndose, puede ocasionar súbita y peligrosa indignación. Este recurso lo han empleado bien en nuestros tiempos el papa Julio II con los franceses y monseñor

(1) Se rebelaron porque la paz con la servidumbre era más pesada carga, que la guerra con la libertad.

de Foix, general del rey de Francia, con el marqués de Mantua.

Quiso el Papa Julio expulsar á los Bentivogli de Bolonia, y juzgando que para esta empresa necesitaba el auxilio del ejército francés y la neutralidad de los venecianos, solicitó ambas cosas, sin obtener más que respuestas dudosas y evasivas. En vista de ello les obligó á acceder á sus deseos, no dejándoles tiempo para otra determinación. Al efecto partió de Roma con cuantos soldados pudo reunir, dirigiéndose á Bolonia. A los venecianos les dijo que permanecieran neutrales, y al rey de Francia que le enviase tropas. No teniendo tiempo aquéllos ni éste para meditar el partido que más les conviniera, y temerosos de la indignación del Papa por su negativa ó falta de decisión, accedieron á lo que pedía, dándole el Rey ejército, y permaneciendo neutrales los venecianos.

Estaba monseñor de Foix con su ejército en Bolonia, cuando supo la rebelión de Brescia. Para ir á recobrar esta plaza tenía dos caminos: uno por tierras del rey, largo y fatigoso; otro corto por las posesiones del marqués de Mantua. Necesitaba pasar por éste, y le convenía hacerlo por unas calzadas entre los lagos y pantanos que inundan aquella región, calzadas en que había fortificaciones y otros medios de defensa. Resuelto Gastón de Foix á seguir este camino, para vencer toda dificultad y no dejar tiempo de reflexionar al marqués, entró con su ejército por aquella vía y pidió al marqués las llaves de todos los pasos. Sorprendido éste por tan repentina determinación, se las envió, cosa que no hiciera si Foix hubiese procedido con menos rapidez y energía, porque el marqués tenía dos motivos justificados para negarlas; uno su entrada en la liga con el Papa y los venecianos, y otro estar uno de sus hijos en manos del Papa. Pero la súbita decisión de Foix, no de-

jándole tiempo para reflexionar, le obligó á conceder lo que pedía.

Por idéntica causa los etruscos, en presencia del ejército de Samnio, empuñaron las armas que poco tiempo antes rehusaban tomar.

CAPÍTULO XLV

Si la determinación de esperar en una batalla el ataque del enemigo, y, rechazado, atacarle, es preferible á la de comenzar impetuosamente el combate.

Los cónsules romanos Decio y Fabio, con sendos ejércitos, guerreaban, el uno contra los samnitas y el otro contra los etruscos. Al mismo tiempo les libraron batalla, y con tal motivo conviene examinar cuál de los dos procedimientos que emplearon es preferible.

Decio atacó al enemigo con el mayor ímpetu y con todas sus fuerzas. Fabio limitóse á resistir el primer choque, juzgando que el ataque metódico es mucho más útil, y reservó el esfuerzo de sus soldados para después que el enemigo perdiese el primer arrojó. El éxito fue mucho más favorable á Fabio que á Decio. Éste agotó el vigor de sus soldados en el primer ataque, y viéndoles más dispuestos á huir que á continuar la ofensiva, para conquistar con su muerte la gloria de que le privaría la pérdida de la batalla, á imitación de su padre, se sacrificó por las legiones romanas. Cuando lo supo Fabio, por no conquistar menos gloria viviendo, que su colega muriendo, empleó contra el enemigo todas las fuerzas que en el primer momento había reservado y consiguió señalada victoria.

El método de Fabio es, por consiguiente, más seguro y digno de imitación.

CAPÍTULO XLVI

Por qué se conserva el mismo carácter en una familia durante largo tiempo.

No solamente en las instituciones y costumbres difieren unas ciudades de otras haciendo que el carácter de sus habitantes sea duro ó afeminado, sino que dentro de una misma población nótese gran diferencia entre las familias. Todas las ciudades justifican esta verdad, y la de Roma presenta numerosos ejemplos, porque los Manlios eran siempre duros y tenaces; los Publícolas benignos y amantes del pueblo; los Apios ambiciosos y enemigos de la plebe, y así sucesivamente, cada familia tenía peculiares dotes de carácter, que las diferenciaban de las demás.

Esta distinción no puede nacer sólo de la sangre, porque ha de variar á causa de las distintas alianzas matrimoniales, sino de la diversa educación en el seno de las familias. Cuando un niño oye expresar desde sus primeros años tales ó cuales juicios que impresionan vivamente su entendimiento, estos juicios se convierten en reglas de conducta para toda su vida. De no ser así resultaría imposible que los Apios tuvieran siempre los mismos deseos y las mismas pasiones, como lo advierte Tito Livio en muchos pasajes, especialmente cuando dice que siendo censor uno de ellos, su colega en la censura dejó el cargo por haber transcurrido el término legal de diez y ocho años, y Apio no quiso hacerlo, sosteniendo que podía desempeñarlo cinco años más, conforme á la primera ley relativa á la censura.

Y aunque sobre esto hubo bastantes asambleas y no pocos tumultos, no fué posible vencer la obstinación de

Apio, que continuó siendo censor contra la voluntad del pueblo y de la mayoría del Senado.

Quien lea el discurso que pronunció contra el tribuno de la plebe Publio Sempronio, notará toda la insolencia de los Apios, que forma contraste con la respetuosa obediencia á las leyes y á los auspicios de su patria de otros infinitos ciudadanos.

CAPÍTULO XLVII

El amor á la patria debe hacer olvidar á un buen ciudadano las ofensas privadas.

El cónsul Manlio mandaba un ejército contra los samnitas. Herido en un combate, para que este accidente no fuera peligroso al ejército, juzgó el Senado indispensable enviar á Papirio Cursor como dictador, en sustitución de Manlio. Pero era preciso que la dictadura se la concediera Fabio, que estaba con su ejército en Etruria, y en la duda de que quisiera hacerlo, porque era enemigo de Papirio, el Senado le envió dos embajadores para rogarle que depusiera su enemistad personal en beneficio de la patria é hiciera el nombramiento. Hizolo Fabio por amor á la patria, si bien su silencio y otras muchas pruebas demostraron cuán enojoso le era nombrar dictador á su enemigo.

Cuantos deseen la reputación de buenos ciudadanos, deben imitar este ejemplo.

CAPÍTULO XLVIII

Cuando se ve que el enemigo comete una gran falta, debe sospecharse que intenta un ardid.

Quedó Fulvio de legado en el ejército que los romanos tenían en Etruria mientras el cónsul fué á Roma con objeto de asistir á algunas ceremonias religiosas. Para ver los etruscos si caía en una celada, emboscaron tropas en sitio próximo al campamento romano, y algunos soldados, con traje de pastores, llevaron mucho ganado á la vista de los romanos, acercándose hasta el campamento atrincherado que éstos ocupaban. Un atrevimiento tan poco natural admiró al legado y le hizo descubrir la celada, siendo vano el intento de los etruscos.

Este suceso prueba que el general de un ejército no debe fiarse de cualquier error evidente que cometa el enemigo, porque siempre ocultará alguna estratagema, no siendo razonable tanta imprudencia. Pero el deseo de vencer ciega á los hombres hasta el punto de no distinguir las verdaderas faltas de las simuladas, juzgándolas todas favorables á sus designios.

Vencieron los galos á los romanos junto al Allia; llegaron después á Roma, encontrando abiertas y sin guardas las puertas de la ciudad, y estuvieron un día y una noche sin entrar en ella, por temor á una celada y porque les era incomprendible que los romanos fueran tan cobardes é insensatos que les abandonaran la patria.

Cuando en 1508 fueron los florentinos á sitiar á Pisa, un pisano que tenían prisionero, Alfonso de Mutolo, les prometió, si le daban libertad, entregar una de las

puertas de dicha plaza al ejército de Florencia. Se la dieron y, con pretexto de convenir los medios de ejecución, salió varias veces á conferenciar con los que para este objeto nombraron los comisarios. A dichas conferencias no acudía en secreto, sino públicamente y acompañado de algunos pisanos, de quienes sólo se apartaba al hablar con los florentinos. Podía muy bien conocerse la doblez de su ánimo, porque no era creíble, si trataba de buena fe, que lo hiciera tan al descubierto; pero el deseo de tomar á Pisa cegó de tal suerte á los florentinos que, conforme al aviso de Mutolo, avanzaron hacia la puerta de Luca, perdiendo allí, por la doble traición de éste, muchos jefes y soldados y sufriendo vergonzosa derrota.

CAPÍTULO XLIX

La república que quiere conservar su libertad debe tomar cada día nuevas precauciones. Servicios que valieron á Quinto Fabio el calificativo de Máximo.

Ya hemos dicho que en una gran ciudad republicana ocurren con frecuencia dolencias que hacen necesario el médico, y que su sabiduría sea proporcionada á la gravedad del mal. En ninguna ciudad hubo tantos y tan inesperados accidentes como en Roma; porejemplo, el complot de las mujeres romanas para matar á sus maridos, que llegó á vías de realización, porque algunas los envenenaron y otras tenían ya preparado el veneno; la conspiración de las Bacanales descubierta en tiempo de la guerra con Macedonia, en la que estaban comprometidos muchos miles de hombres y mujeres, y que, de no descubrirse, hubiera sido peligrosísima para Roma, como también si los romanos no estuvieran, como esta-

ban, acostumbrados á castigar á los delincuentes, cualquiera que fuese su número, pues aunque no hubiera otras infinitas pruebas de la grandeza de aquella república y de la energía de sus determinaciones, bastaría la del modo como castigaba los delitos. Nunca dudó hacer matar por vía de justicia á una legión ó á todos los habitantes de una ciudad ó desterrar ocho ó diez mil hombres, en condiciones tales, que para uno solo serían difíciles, y para tantos parecían imposibles. Así lo hizo, por ejemplo, cuando desterró á Sicilia á los soldados que tan infortunadamente combatieron en Canas, imponiéndoles además las penas de no habitar en poblados y de comer de pie. Pero el más terrible de estos castigos consistía en diezmar los ejércitos, matando, por sorteo, un hombre de cada diez. No había pena más espantosa para castigar una multitud, porque cuando ésta delinque sin haber autor conocido, no es posible imponer pena á todos los que la forman, á causa de su gran número. Castigar á unos y dejar á otros impunes es ser sobradamente severos con aquéllos y alentar á éstos para que repitan las faltas; pero si matan la décima parte por sorteo, cuando todos merecen la misma pena, el castigado lamenta su mala suerte y el que queda libre teme que en otro sorteo le toque morir, y se guarda de ejecutar actos culpables.

Fueron, pues, castigadas las envenenadoras y las Bacanales cual merecían sus delitos. Aunque estas dolencias produzcan en una república malísimos efectos, no son mortales, porque siempre hay medios de curarlas. Però no sucede lo mismo con las que atacan á los fundamentos de las instituciones, las cuales, si no las corrige á tiempo un hombre hábil, arruinan el Estado. Por la liberalidad con que los romanos concedían el derecho de ciudadanía á los extranjeros aumentaron considerablemente en Roma las familias nuevas y empeza-

ron éstas á influir grandemente en las elecciones, con lo cual comenzaron los cambios en el gobierno, perdiendo la participación en él los hombres que antes lo desempeñaban y no realizándose los efectos á que estaban acostumbrados.

Advirtiéndolo Fabio Máximo, que era entonces censor, y formó con las nuevas familias que ocasionaban este daño cuatro tribus, para que, limitada así su influencia, no pudiera ser nociva á toda la ciudad. Fabio comprendió muy bien la índole del mal y le puso, sin ocasionar disturbios, el remedio oportuno.

Su conducta fué tan elogiada por los ciudadanos, que le pusieron el sobrenombre de Máximo.

FIN DE LOS DISCURSOS.